

Socorro

Esto que estás leyendo no es un relato, es una petición de auxilio, un mensaje de socorro, porque sé que sólo las personas que os adentráis en este tipo de lecturas podéis entenderme y ayudarme a salir del infierno en que me encuentro.

Como la mayoría de vosotros, comencé mi afición por los relatos a través de internet. Descubrí que había muchas páginas en que la gente, de forma anónima y gratuita facilitaba relatos de su vida, de sus vivencias, de sus deseos, de sus fantasías. Eran fáciles de leer, cortos, directos, en un lenguaje cotidiano. En no más de veinte minutos, podía leer una historia completa, ideal para la vida actual de prisas, en que queremos las cosas ya y que nos sirvan para antes de ya. Generalmente estaban narrados en primera persona, por lo que el autor era, él mismo, protagonista de su historia, generando una sensación de realidad que me producía una morbosidad placentera, enfermiza, casi pornográfica, al penetrar en los más íntimos, recónditos y oscuros momentos de la vida de alguien que podría ser, ¿por qué no?, mi vecina, un amigo o cualquier otra persona conocida.

A medida que me fui eniciando en el morbo de leer relatos de otros, fui escribiendo los míos propios. Al principio sólo retazos, frases sueltas, sensaciones, pero poco a poco aparecieron historias que nacían de la realidad y terminaban en la fantasía que me hubiera gustado que sucediera. También aparecieron los personajes, basados en gente concreta, a los que modelaba a mi antojo, siendo yo quien decidía sus reacciones y sus sentimientos. Historia y personaje, personaje e historia formaban dos focos alrededor de los cuales orbitaba el relato. Me gustaron y empecé a subirlos a internet. En mi correo anónimo recibía felicitaciones, hasta que un día me llegó la crítica de un lector, apodado Mefisto, diciéndome que mis personajes eran “estáticos, fríos, inmóviles, como esculturas de mármol que montadas sobre un pilar adornaran un rincón de una casa o jardín” y me indicaba que debía dejarlos más libres, para que parecieran más reales.

Seguí el consejo de Mefisto y los personajes cobraron vida. Yo manejaba la historia, yo creaba a los personajes, pero a lo largo del camino de la narración, ellos iban tomando sus propias decisiones y ellos iban manifestando sus propios sentimientos. Yo solamente era el vehículo de transmisión del personaje en el papel. Las palabras eran suyas, no mías. Eran sus sentimientos los que a través de mis dedos y sin que mi mente interviniera, se trasladaban a mi historia.

Continué subiendo los relatos a internet. Cada vez recibía más felicitaciones que me animaban a seguir escribiendo y me volví obsesivo en esta actividad. Me dediqué a crear historias que me atraían para fundirme con ellas en un coito a veces sensual, a veces brutal, a veces salvaje, pero siempre placentero. Las historias parían personajes y yo escribía relatos, uno tras otro, sin descanso. Cuando pasado un tiempo releía un relato, el personaje me pedía más vida y yo se la daba, escribía más cosas que el personaje me iba dictando. Malcomía, apenas dormía por escribir y escribir, y cuanto más escribía de un personaje, más me disgustaba, más le odiaba. Ninguno era como yo quería que fuese. Adorables al principio, detestables al final, egoístas

siempre, sólo pensaban en sí mismos y me habían encadenado a un endiablado teclado del que no me podía separar.

Decidí terminar con aquella locura. Borré todo mi disco duro y todo lo que pude de internet. Se me venía a la cabeza el cuadro de Goya de Saturno devorando a sus hijos. Durante unos días volví a mi vida normal, salí a la calle y me volví a relacionar con mi familia y con mis amigos, hasta que recibí un nuevo mensaje de Mefisto diciéndome, ordenándome realmente, que volviera a escribir.

–Busca historias reales e investiga– me indicaba en su correo –“ellos” te contarán la verdad.

Borré el correo de Mefisto. No quería volver a caer en el infierno de la escritura compulsiva.

Al día siguiente, dirigiéndome en metro al trabajo, me senté junto a un hombre de mediana edad que se bajó en la estación de Sol. En el asiento que ocupaba olvidó dos páginas que habían formado parte de un periódico gratuito, editado hacía más de 6 meses. Las leí para amenizar el viaje. Era un artículo sobre las víctimas del 11-M quince años después. Me enfrasqué en su lectura y al llegar a mi estación, sin saber por qué, guardé las páginas en el bolsillo de mi americana. Ese día, al volver a casa y recuperar el recorte del periódico, sentí el impulso de entrar en internet y buscar información sobre aquel terrible suceso. De pronto un nombre, uno más de la lista de 190 fallecidos llamó mi atención y mi procesador de textos se abrió, sentí un escalofrío en mi espalda y comencé un relato de un vagabundo, Jesús, que perdió a su mujer, embarazada de ocho meses, en aquel terrible atentado y que quince años después, desesperado, acabó con su vida en la estación de Atocha.

Escribí durante toda la noche y al alba, extenuado, terminé el relato y lo subí a internet. A pesar del frescor nocturno del otoño madrileño amanecí sudando, sin aliento. Mi correo anunció una nueva entrada de Mefisto –Muy bien. Debes continuar así– me decía. Me duché y salí corriendo hacia el trabajo, era muy tarde, seguro que tendría una bronca. A la vuelta a casa el viento me trajo un nuevo recorte de periódico. Otra nueva historia, otra nueva noche de desequilibrio, más intenso incluso que la noche anterior. Llamé al trabajo para decir que no podía ir, con una excusa increíble. Las historias me seguían llegando por todos los lados, internet, periódicos, anuncios...fuera por donde fuera, las historias saltaban, se me ofrecían, me aprisionaban. Y yo escribía toda la noche. Noches sin dormir, días llegando tarde al trabajo y sin rendir, o faltando con excusas inverosímiles. Cada vez más fuerte, esos atormentados espíritus, olvidados del mundo, entraban en mí, me poseían, me violaban y yo sentía como esquivas de cristal recorrían mis venas mientras, relato tras relato, dejaba en internet sus testimonios de dolor y sufrimiento. Otra vez había caído en la vorágine de la escritura, más fuerte que antes, como un drogadicto que tras recuperarse, recae en una adicción aun mayor y más peligrosa.

El mes pasado recibí una carta del departamento de personal de la empresa. Ni tan siquiera una conversación, ni una llamada telefónica, sólo un frío papel en el que se me comunicaba que tras varias advertencias por faltas graves, quedaba despedido. Metí mis pocas pertenencias personales en una vieja caja de cartón. Mis compañeros miraban, todos lo sabían, pero ninguno dijo nada. Silencio. Salí a la calle, con la caja de cartón a cuestas y tomé el metro. En la estación de Sol, entró un hombre que se sentó a mi lado.

–Ahora tendrás más tiempo para hacer lo que realmente debes hacer– me dijo, sin mirarme, mientras se levantaba y salía del vagón.

En la soledad de mi casa, derrumbado, sin otra actividad que escribir y escribir, los espíritus obscenos seguían poseyéndome una y otra vez, entrando en mí, derramándose dentro, mientras que la comida se terminaba y la basura, maloliente, se acumulaba por los rincones. Dejé de abrir el correo, nada me importaba. El teléfono, de tanto sonar sin recibir contestación, decidió silenciarse. No sabía nada de mis amigos ni de mi familia que dejaron de visitarme. El último en abandonarme ha sido mi perro, fiel compañero, que la semana pasada, mirándome con ojos tristes, también se marchó.

Resignado a mi suerte, anoche, una vez más, abrí el procesador de texto y fue cuando sentí a ese monstruo dentro de mí. No era el espíritu de alguien muerto, como los otros. Ese hombre estaba vivo realmente. Su historia se me presentaba en imágenes sombrías, él siempre de espaldas. Cuanto más me contaba, más le detestaba. Vicioso, había abandonado a su familia, a sus amigos, para vivir sus placeres en un mundo de drogas, alcohol y sexo. Incapaz de la menor empatía, egoísta, sólo pensaba en sí mismo y ahora que estaba arruinado y tirado en la calle, volvía a su casa para que su familia le cuidara.

Me daba asco y me negaba a seguir, pero él penetraba más en mí y me obligaba a hacerlo. Sentía que me estaba desgarrando por dentro. Fue entonces, cuando su imagen entró en aquel desvencijado ascensor, que le conduciría hasta la casa que algún día, antaño, había sido su hogar. Fue entonces, digo, cuando en el desconchado y rayado espejo del fondo de la cabina del ascensor vi su rostro borroso.

Cerré de golpe la tapa del ordenador queriendo borrar con ello la horrible imagen que se había grabado en mi cerebro, pero fue imposible. La imagen se adueñó de mí y una y otra vez aparecía en mi mente aquella cara borrosa reflejada en el espejo. No podía soportarlo. Tirado en el suelo me retorció de dolor y él, dentro de mí, reía y reía disfrutando de mi sufrimiento.

Ahora, mientras escribo estas líneas, él sigue dentro de mí, dentro, cada vez más dentro –Vamos cabrón, cuéntalo todo!– Me insulta y me hiere con sus carcajadas mientras mis dedos teclean sin control –Tú sabes quién soy, tú sabes que hay más. ¡Vamos hijo de puta, escribe, escribe!

Y yo, llorando, desesperado, miro la ventana de mi habitación y el vacío tras ella como la única solución de escapar de este abismo tenebroso.

Por favor, si alguno de vosotros que esté leyendo esta historia, este mensaje en una botella de este naufrago desesperado, puede arrancarme de este sin sentido, de esta congoja, de este monstruo que me atenaza y que se ha instalado a vivir dentro de mí, le ruego que me ayude, que me diga cómo expulsarlo, cómo volver a ser persona, antes de que sea demasiado tarde.

Y si cuando leáis esto es demasiado tarde para mí, al menos que este relato sirva para que no haya más víctimas de este horrible infierno

¡Avisados estáis!